



Perplejidad

(Publicado en *La Razón*, 22 de agosto de 2005)

Florentino Portero

En letra impresa n° 419

22 de agosto de 2005

Con perplejidad los españoles nos encontramos ante un hecho trágico que apenas podemos entender. Pasan los días y seguimos sin saber por qué un helicóptero de nuestro Ejército de Tierra cayó en Afganistán, llevándose la vida de diecisiete compatriotas que cumplían su trabajo a miles de kilómetros de sus seres queridos, con un sacrificio y abnegación desconocidos por la mayoría.

Todos somos conscientes de lo mucho que España ha cambiado desde el inicio de la Transición. Entre todos hemos situado a España en un papel destacado en la escena internacional, a pesar del gratuito e insensato retroceso del último año. Sin embargo, no en todos los sectores nos hemos puesto al día. No en todos los campos España ha hecho "sus deberes" y se ha puesto a tono. La Defensa comenzó marcada por el papel jugado por los ejércitos en el Franquismo. Sufrió el rechazo de todos aquellos que perciben, con buen tino, que las Fuerzas Armadas son un elemento

esencial del Estado y, por consiguiente, de una España unida. Padece cotidianamente el efecto, muy generalizado en Europa, de una creciente crítica al papel de la fuerza en las relaciones internacionales, con resolución del Consejo de Seguridad o sin ella. Frente al enemigo hay que hablar y, si no es suficiente, ceder. Todo un presagio de lo que le espera al Viejo Continente en el nuevo siglo.

En este marco algunas fuerzas políticas han optado por hacer un uso intensivo de la política de seguridad y defensa en la lucha partidista. Todo vale para desgastar al Gobierno, porque no hay riesgo. Puesto que a la hora de la verdad no van a utilizar a las Fuerzas Armadas y van a acabar, sino empezar, cediendo, no hay por qué preocuparse del estado en que se encuentran, tanto anímico como material. Un soldado - sea general, oficial o tropa- es alguien que está dispuesto a perder la vida defendiendo aquello en lo que cree: España, con su historia, sus valores y sus expectativas.

Para alguien así es fundamental sentirse respaldado, comprendido y reconocido. No se trata de aumentar el sueldo ni de pagas extraordinarias, sino de que los españoles conozcamos su actividad cotidiana, nos sintamos partícipes de sus éxitos y fracasos y, por último, compartamos con ellos la razón última que da sentido al conjunto de las misiones que les encomendamos.

El Partido Socialista, y muy especialmente el ministro Bono, han utilizado la presencia española en Afganistán como un medio de compensar la humillante “espantada” de Iraq. En la lógica de las guerras civiles socialistas, Bono ha tratado de explicarnos que él no sólo es un genuino defensor de la unidad de la patria y un crítico de la nueva política antiterrorista, sino un adalid del relevante papel de las Fuerzas Armadas. En realidad, Bono ha hecho uso de las Fuerzas Armadas en provecho propio, para satisfacer sus ambiciones políticas. Cuando Zapatero y Moratinos eran marginados por la Administración Bush, Bono se fue a Washington a representar el papel del político responsable capaz de entenderse con la potencia americana. Lo consiguió, él sí tuvo la ansiada fotografía en la puerta del Pentágono con su máximo responsable, el tantas veces despreciado Rumsfeld. Y lo obtuvo porque primero cedió y luego pidió. Ofreció un mayor papel de España en aquel lejano país, tanto en la preparación de las elecciones como en la lucha contra el narcotráfico. Bono es el miembro del Gobierno mejor valorado y el más dispuesto a poner la zancadilla a su señorito y resarcirse así de la derrota en la lucha por la sucesión de Borrell a mano del muñidor Pepín Blanco.

España asumió mayores responsabilidades y mayores riesgos, pero esto último no

nos lo contaron. Nos repitieron que íbamos amparados por una resolución del Consejo de Seguridad, como de hecho en Iraq, y que íbamos en misión de paz. Desde el Gobierno y desde la prensa gubernamental se nos ocultaron conscientemente los peligros que entrañaba. Se diga lo que se diga, las misiones propias de las Fuerzas Armadas son siempre de alto riesgo, porque para eso existen. El Partido Socialista no se puede sorprender de la perplejidad de la ciudadanía, porque la han mantenido en la inopia y ahora tiene dificultades para comprender tanto lo ocurrido como la falta de información cualificada.

Se aumentaron el contingente y las misiones, pero no los presupuestos de Defensa, sino todo lo contrario. Un soldado está mentalizado para llevar a cabo cualquier misión propia de su condición. El valor, como la disposición al sacrificio, están descontados. Pero nosotros tenemos la obligación de dotarles materialmente y de asegurar que han recibido el entrenamiento necesario para desarrollar sus cometidos correctamente. De la misma forma en que han ocultado el riesgo implícito a la misión, han evitado informar sobre las precariedades en la que nuestros conciudadanos tienen que desarrollar su trabajo, empezando por el uso de unos helicópteros inapropiados.

Bono abusó de la crisis del Yakolev en su empeño por debilitar al Partido Popular y ahora él va a tener que hacer frente a otra crisis, pero con una salvedad: sus enemigos están a ambos lados. Bono va a tener que responder a la presión del Partido Popular, pero su enemigo más serio lo va encontrar en la Moncloa y en esa selección de lo mejor de cada casa que conforma la mayoría parlamentaria con la que gobierna.